

**Franken Kurzen, Clemens August**

*La novela Don Guillermo de J. V. Lastarria : una alegoría del Chile  
decimonónico*

*III Jornadas : Diálogos entre Literatura, Estética y Teología*

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Franken Kurzen, Clemens August. "La novela Don Guillermo de J. V. Lastarria: una alegoría del Chile decimonónico." Ponencia presentada en las III Jornadas : Diálogos entre Literatura, Estética y Teología :Lenguajes de Dios para el siglo XXI, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina. Buenos Aires, 2003. [Fecha de consulta] <<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/novela-guillermo-lastarria.pdf>>.

(Se recomienda ingresar la fecha de consulta antes de la dirección URL. Ej: 22 oct. 2010).

## **La novela *Don Guillermo* de J. V. Lastarria: una alegoría del Chile decimonónico**

Clemens A. Franken K.  
Pontificia Universidad Católica de Chile

El siglo XIX en Chile es, sin duda, un momento de cambios trascendentales para la incipiente nación. Uno de los mayores desafíos, radica en la separación, no sólo política, sino también cultural, de la colonia España. La necesidad de una identidad nacional y una autonomía intelectual surge con fuerza a mediados de siglo y genera una serie de conflictos y contradicciones entre los grupos dirigentes. Por un lado, los grupos más conservadores pretenden mantener las estructuras tradicionales del poder, mientras que, por otro lado, los grupos progresistas buscan introducir mayor libertad respecto a los antiguos órdenes, tanto en materia social como intelectual. Sin embargo, a pesar de estas diferencias transversales entre ambos bandos, existe un punto sumamente relevante de convergencia: la necesidad de mantener la supremacía de las clases más favorecidas. Este hecho resulta trascendental para comprender la forma en que las corrientes ideológicas europeas son introducidas y utilizadas en el país.

Dicha convergencia, sin embargo, no impide que Chile viva un proceso abrupto de transformación en materia política, cultural e ideológica. Este período de crisis interna del país conlleva diversas consecuencias a nivel de sociedad, entre las que se pueden mencionar las guerras civiles y revoluciones de mediados del siglo XIX.

En el ámbito político, la lucha de intereses es motivada, en gran parte, por la penetración del pensamiento liberal europeo en el país. Dentro de las clases dirigentes, un sector apela por el mantenimiento de las ideas tradicionales, tanto en materia política, como religiosa y social. A su vez, el bando contrario, influenciado, ante todo, por la Revolución Francesa de 1848, propone cambios en la estructura de la incipiente nación chilena. Entre otras cosas, demanda una transformación de los valores patrios, los cuales vayan dirigidos a crear una verdadera identidad nacional. Además, este nuevo

movimiento liberal, ofrece una nueva forma de concebir la educación y la cultura. Tal vez la premisa más significativa de los intelectuales que conforman este movimiento en Chile, es la necesidad de una instrucción universal, la cual a su vez, funcione como medio de ascenso social para las clases menos favorecidas. Por el contrario, los conservadores intentaban mantener intacta su hegemonía dentro del país, razón por la cual rechazan el pensamiento liberal de sus coetáneos intelectuales.

La lucha entre liberales y conservadores llega a su máxima expresión con la Guerra Civil de 1851. En esta ocasión, el bando progresista organizado en torno de la llamada “Sociedad de la Igualdad” intenta frustrar el futuro gobierno de Manuel Montt,. Este grupo de jóvenes liberales tiene, como principal objetivo, difundir una propuesta de país orientada hacia las clases medias y a los grupos de trabajadores artesanales. Sin embargo, el intento de revolución llevado a cabo por esta sociedad, es impedido por el gobierno. Igualmente, a pesar de los fallidos intentos a nivel político, los hechos acaecidos en el país son una evidente muestra de los cambios internos de la sociedad en general:

El fracaso para los sectores más progresistas, sin embargo, no es más que aparente, pues, de hecho, la discusión se centró en el problema del cambio, y dejó en evidencia la existencia permanente de polaridades tales como innovación– tradición; progreso – statu-quo; legitimistas – liberales; aristócratas – demócratas. Estas polaridades son parte integrante de la cultura política de la clase dirigente y encuentran su expresión, especialmente como énfasis, en todos los ámbitos de la discusión (Stuven 215).

Desde el momento en que se genera la disputa entre ambos sectores ideológicos, los integrantes de la sociedad chilena comienzan a cuestionar la estructura del país, con lo cual, además, surge en ellos la necesidad de desligarse de los antiguos valores y creencias heredadas de la colonización española. Es por eso que con el tiempo, el deseo de construir una identidad autónoma que sea distintiva del país, adquiere mayor importancia.

Ahora bien, en el ámbito literario, “una ideología que ordena el cosmos ficticio como concentración progresiva entre la disolución del antiguo orden y su recomposición en un nuevo régimen” (Goic, 1972: 48), es el romanticismo que, según Victor Hugo, es el liberalismo en literatura, concebido este como un nuevo movimiento literario, pero también como una corriente nueva de pensamiento, que llega a Chile a mediados del siglo XIX. Su forma de transmisión es, principalmente, a través de los intelectuales de la época que tienen la posibilidad de viajar al extranjero y que toman real consideración por la cultura de otros países, entre ellos, Francia. Dentro del contexto nacional, el movimiento romántico llega a cumplir un rol importante en la conformación de la sociedad de la época. Esto se explica, en gran medida, por el modo en que son interpretados los principales preceptos del romanticismo. Si ya en Europa existieron diversas versiones en torno a la corriente romántica, como por ejemplo en Alemania, donde se distingue entre un Romanticismo Temprano revolucionario y progresista, ante todo en el ámbito de la teoría y praxis literaria, y un Romanticismo Tardío conservador y hasta reaccionario, ante todo en el ámbito político, en Chile las ideas en torno al mismo son fluctuantes y, a veces, contradictorias. Por este mismo motivo, el movimiento del romanticismo llega a representar los intereses de los distintos bandos ideológicos del país, lo cual explica la importante repercusión que obtiene, entre otros ámbitos, sobre las letras nacionales:

La complejidad del movimiento romántico permitía que todos los bandos se sintieran interpretados por diversos matices dentro de un universo que daba lugar, por una parte, a la expresión de visiones conservadoras y tradicionalistas como por ejemplo la revalorización de las virtudes del espíritu caballeresco y del sentimiento religioso, y por otra, a demandas propias de los elementos más progresistas, especialmente aquellas que se referían a la incorporación social y democratización de la sociedad (Stuven 207)

El romanticismo, por lo tanto, tuvo durante el siglo XIX un protagonismo indiscutible que, si bien generó no pocas contradicciones, perseguía un objetivo claro: crear una cultura nacional autónoma. Por este motivo, los intelectuales y escritores de la época toman bajo su responsabilidad la tarea de impartir sus ideas entre el pueblo chileno. La literatura será uno de los medios fundamentales de difusión de las nuevas ideas y preceptos románticos.

A partir de 1842, aproximadamente, la necesidad de crear una literatura nacional, tiene gran repercusión entre los eruditos chilenos. A pesar de que los primeros intentos, entre los cuales destacan autores como José Victorino Lastarria y Jotabeche, no presentan méritos importantes a nivel estilístico, según Cedomil Goic, se puede demostrar “que Lastarria asume efectivamente las normas de la novela moderna y que su mérito, [...], es haber sido el primero y el más representativo de los escritores de su generación en tomar conciencia de la estructura del género” (Goic, 1968: 28s). Sin embargo, hay que destacar que tanto Lastarria (1817-1888) como los otros protagonistas de los sucesos de 1842 son “más ideólogos que artistas y más polemistas que literatos” (Fernández 209). En el famoso discurso inaugural de la Sociedad Literaria, “inspirado en el romanticismo social francés y en Larra” (Iñigo Madrigal 10) y pronunciado por Lastarria el 3 de mayo de 1842 ante un pequeño grupo de alumnos de derecho y algunos otros jóvenes letrados, nuestro ilustrado y liberal autor impulsa las letras nacionales exigiendo la ruptura con el pasado colonial y con la cultura española, y proponiendo primero el modelo de la gran literatura francesa del momento y luego la cultura más democrática norteamericana. Lastarria “condena el régimen impuesto por España y cree que su influencia nefasta aún se mantiene en ese tiempo” (Sepúlveda 11). Por eso, toda su actuación como promotor cultural, profesor, novelista, periodista, diputado, senador y ministro “persigue siempre una misma finalidad: la regeneración social, [...], o sea la

modificación del estado de las cosas existentes en su tiempo” (Sepúlveda 21), es decir una finalidad, ante todo, política y cultural.

En el terreno más estrictamente religioso, habría que destacar, además, que este hijo de un hogar católico de Rancagua se hizo miembro de la Orden Masónica al entrar en 1853 “en la Logia ‘Unión Fraternal N° 1’”. No era “ciertamente un creyente, pero no se definía como ateo. Públicamente aparecía como un descreído. En el fondo era un agnóstico, posición filosófica que cuadraba con su confeso positivismo” (Sepúlveda 29). Según la declaración de los principios de la Gran Logia de Chile que “no prohíbe ni impone a sus miembros ninguna convicción religiosa”, Lastarria respeta

‘el sentimiento religioso y la idea fundamental de la religión [que] constituyen una de las esferas de la actividad del espíritu que no puede aniquilarse’. Otra cosa es que fuera un intransigente anticlerical, que combate a los frailes que actuaban en política y se ponían al servicio de la reacción y del Partido conservador. (Sepúlveda 29)

En lo estrictamente literario, el libertario y americanista Lastarria “proclamaba la necesidad de una literatura original, con función social, nativista y popular” (Fernández 207) la que como expresión de la sociedad está llamada “a edificar moral y políticamente al ciudadano, a denunciar y castigar las deformaciones del régimen político prevaleciente o de los residuos del antiguo régimen” (Iñigo Madrigal 12). Ahora, en relación a los aspectos formales de sus escritos, los críticos literarios chilenos lo destacan “por su lengua plástica, ondulante, flexible, tan castiza como piden el género y el escenario” (Silva Castro 19) como también por “la exactitud en la descripción de lugares, paisajes y ambientes (heredada del costumbrismo)” (Iñigo Madrigal 17).

Su novela *Don Guillermo* (1860) es una típica novela romántica hispanoamericana que conjuga las tramas sentimentales con temas de índole histórico, es decir, una literatura que aborda diversos aspectos del espectro político-social, mediante historias de carácter afectivo.

El proyecto civilizatorio que describen los romances nacionales coincide con el período romántico en el cual el discurso historicista era el discurso por antonomasia. Debido a su rango permeaba otras producciones culturales. Así pues, los romances articulan una doble vertiente que permite dos lecturas: la meramente sentimental y la histórica (que incluye el proyecto nacionalista, civilizatorio y educativo). La literatura y la historia se convirtieron, de este modo, en los discursos formadores de la nación al servicio del grupo liberal dominante. (Stuven 160)

El argumento de *Don Guillermo*, una novela política y, a la vez, un cuento de hadas, confirmará lo recién dicho y facilitará la comprensión del siguiente análisis:

[Don Guillermo Livingston es] el andarín, peregrino entre dos ciudades; sus rasgos son los de un inglés; es un empleado de la casa Wadington de Valparaíso, que en ocasión digna de mejor fin es atacado por un chivato al cruzar frente a la famosa Cueva, para hallarse perplejo, como un extraño en el mundo, en el ámbito subterráneo de una república infernal. Las normas vigentes en este mundo inferior lo convierten en paciente de un mal perseguido allí: la locura de la libertad. Va a ser sometido al imbunchaje cuando es arrebatado por una joven hada de las manos de las brujas que iban a coser las salidas y entradas de su cuerpo. El amor nace entre ambos. Valiéndose de sucesivas transformaciones emprenden una peregrinación que revela las condiciones del mundo que recorren. Sus perseguidores consiguen separarlos no sin que antes el hada enseñe a don Guillermo un conjuro para salvar los trabajos que deberá cumplir para salir de Espelunco —es el nombre de la república— y rescatar el talismán del patriotismo cumpliendo durante veinte años tres mil viajes entre Santiago y Valparaíso. El caballero inglés emprende su misión y, a punto de cumplirla, después de veinte años, muere sin llegar a rescatar el talismán que desencantará a Lucero, hada de la Libertad. (Goic, 1968: 35)

Hasta aquí el argumento de esta “novela alegórica que estigmatiza la política conservadora y que está traspasada por una fe casi religiosa en el poder de las ideas liberales para modificar la sociedad” (Subercaseaux 158). Vemos como el mundo subterráneo e inferior de Espelunco sometido a determinantes políticos e ideológicos del pasado mundo colonial y de la administración del gobierno de Montt impiden, según nuestro autor liberal, la felicidad y el amor entre don Guillermo y Lucero como representantes incondicionales e intransigentes de la libertad e independencia. De esta forma, Lastarria expresa alegóricamente “las negativas condiciones del mundo histórico

o real”, cuya “perversión monstruosa” proviene “de su contravención de las leyes de la historia humana” y hace fracasar a un hombre virtuoso como este ‘personaje-idea’ don Guillermo que encarna “los valores –espíritu libertario, racionalidad, perfectividad- que constituyen la ley del progreso” (Goic, 1968: 36). Según Bernardo Subercaseaux, “[t]odo lo que Lastarria publica entre 1858 y 1864 puede leerse (y así deben haberlo leído los lectores de la época) como comentarios a veces velados y a veces más o menos directos sobre la fusión liberal-conservadora” (158). De hecho, se puede mencionar las alusiones bastante claras a la Constitución de 1833, a la ley de amnistía de 1857, a la idea portaliana de autoridad impersonal y al sistema de vigilancia montado por el gobierno de Montt (cfr. 171).

Según su división maniqueista del mundo en ángeles (partidarios de la libertad) y demonios (partidarios del despotismo), es muy significativo que a las imperfecciones del mundo histórico y real Lastarria les otorga, en forma alegórica, una dimensión infernal y demoníaca. La república de Espelunco es mostrada como un “medio infernal, mundo al revés en donde toda racionalidad aparece trastrocada” y donde se puede constatar un “demonismo de las formas políticas y constitucionales” (Goic, 1968: 40). También los ya mencionados elementos del conjuro, consistente en tres “palabras sacramentales”: justicia, patriotismo y democracia, que don Guillermo deberá repetir en ambos extremos de sus múltiples viajes, y los talismanes manifiestan claramente “la condición demoníaca de la búsqueda emprendida por el héroe” (Iñigo Madrigal 22).

En la figura del viejo Asmodeo creó Lastarria un nuevo y más liberal Mefistófeles que acusa a los sacerdotes católicos de la siguiente forma:

Sois devotos al poder porque os gusta gobernar o porque sacais siempre piltrafas de estar bajo el ala del poderoso; i sois devotos a la religión de puro miedo al infierno, porque os imagináis saldar con golpes de pecho vuestra larga cuenta con el diablo, i no por amor a Dios ni a su lei, que no conoceis ni por las tapas. En el fondo no teneis mas que egoísmo i presunción, indolencia i orgullo. [...] Por eso es que nuestra cosecha es

siempre mejor i más abundante que la del padre viejo, i por eso es que más gobernamos nosotros en el mundo que el Dios de los buenos. (*Don Guillermo* 238)

La forma como se expresa Asmodeo recuerda la forma jovial del Mefistófeles de Goethe que en el “Prólogo” del *Fausto* se refiere a Dios como a un ‘viejo simpático’, luego de haber sellado una apuesta con Él. Además, cuando Don Guillermo como protestante creyente se resiste a entregarle su alma, le solicita casi humildemente su colaboración en el mundo arriba. Al final, Asmodeo se convierte en murciélago y lleva a Don Guillermo al mundo real. Éste, una vez reinsertado en ese mundo, se arrodilla y reza, consagrando su primera impresión a Dios (cfr. *Don Guillermo* 251s).

Queda así claramente establecido, por una parte, el intransigente anticlericalismo de J. V. Lastarria, el rechazo de aquellos sacerdotes que, según él, dirigen las conciencias y las opiniones de los feligreses, interpretan la divina voluntad y conquistan fácilmente el poder (cfr. *Don Guillermo* 225s), y, por otra parte, la capacidad del escéptico y liberal Lastarria de mostrar también auténticas expresiones de una fe religiosa sencilla.

## **Bibliografía**

Fernández Fraile, Maximino. *Historia de la Literatura Chilena*. Tomo I. 2da ed. Santiago: Editorial Salesiana, 1996.

Goic, Cedomil. *La novela chilena. Los mitos degradados*. Santiago: Editorial Universitaria, 1968. 27-43.

---. *Historia de la novela hispanoamericana*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972.

Iñigo Madrigal, Luis. “Prólogo”. J. V. Lastarria, *Don Guillermo*. Santiago: Editorial Nascimento, 1972.

Lastarria, José Victorino. “Don Guillermo”. En: *Obras Completas de Don J. V. Lastarria*. Volumen XII: *Novelas y Cuentos de la vida hispano-americana*. Santiago: Imprenta, Litografía i Encuadernación ‘Barcelona’, 1913. 109-260.

Sepúlveda Rondanelli, Julio. *10 egregios masones chilenos*. Santiago: 1980.

Silva Castro, Raúl. *Panorama de la Novela chilena (1843-1953)*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1955.

Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Tomo I: *Sociedad y cultura liberal en el siglo XIX: J. V. Lastarria*. Santiago: Editorial Universitaria, 1997.

Stuven, Ana María. *La seducción de un orden. Las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000.